

Jóvenes Rurales: Aportes para una Caracterización Sociocultural desde tres Agentes Socializadores (Familia, Educación Formal y Grupos de Pares).

Luis Pezo Orellana.

Cita:

Luis Pezo Orellana (2004). *Jóvenes Rurales: Aportes para una Caracterización Sociocultural desde tres Agentes Socializadores (Familia, Educación Formal y Grupos de Pares)*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/66>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/Eew>

Jóvenes Rurales: Aportes para una Caracterización Sociocultural desde tres Agentes Socializadores (Familia, Educación Formal y Grupos de Pares)

Luis Pezo Orellana*

Resumen

Desde un enfoque sociocultural de base etnográfica, se exponen y examinan sintéticamente algunas características y reflexiones acerca de los y las jóvenes rurales en su relación con tres agentes socializadores: la familia, la educación formal y los grupos de pares. Este ejercicio contribuye a descubrir y comprender sus comportamientos, valores, expectativas y modos de vida particulares dentro de un universo heterogéneo y complejo, así como algunas situaciones problemáticas (teóricas y prácticas) referidas a los jóvenes o al resto de las poblaciones rurales. Al respecto, es posible señalar que hay aspectos comunes y particulares a la ruralidad que afectan y condicionan la realidad social y cultural de la población joven, destacándose ciertas condiciones adversas que deben enfrentar, como la falta de espacios y oportunidades. A lo largo de esta revisión, se contextualizan algunos temas que se consideran relevantes de profundizar en posteriores investigaciones. Finalmente, se plantea la importancia de desarrollar acercamientos socioculturales centrados en y desde los sujetos sociales desde miradas tanto particulares como generales que contribuyan a abordar comprensivamente la complejidad del mundo rural actual.

Introducción

A la hora de caracterizar la realidad de los jóvenes rurales (y tal vez de otros segmentos poblacionales), pueden distinguirse dos enfoques principales no excluyentes: el enfoque estadístico-demográfico y el enfoque sociocultural. De acuerdo al primero, podemos comenzar diciendo que censo del año 2002 arroja una población de 443.586 habitantes rurales entre 15 a 29 años, lo cual representa el 12% de la población juvenil del país y casi la cuarta parte de la población rural total (INE, 2003). El segundo, más atento a las particularidades y complejidades de la realidad concreta, utilizando instrumentos cualitativos y cuantitativos, puede caer desde el principio en cuestionamientos sobre el ser jo-

ven, sobre el ser rural, y sobre el ser joven rural. Desde ambos enfoques se puede inferir que la respuesta a estos cuestionamientos es altamente relativa y dependiente de múltiples factores, lo cual sumado al carácter heterogéneo y cambiante de las realidades ha hecho patente la necesidad de hablar de "jóvenes y/o juventudes rurales" como entidades diversas y no sobre "juventud rural" como un todo indiferenciado.

En esta ponencia se pretende abordar el tema desde un enfoque sociocultural basado en gran medida en proyecciones etnográficas del autor¹, aunque sin descuidar un contraste pertinente con datos demográficos y fuentes bibliográficas. Como fueron temas recurrentes en las observaciones de campo, se revisarán algunos aspectos que considero importantes de la relación de las y los jóvenes rurales con tres agentes socializadores: la familia, la educación formal y los grupos de pares. Se privilegiará el papel de estos agentes socializadores como condicionantes de ciertos rasgos presentes en las juventudes rurales observadas, sin pretensión de exhaustividad ni generalidad en el tratamiento de estos temas.

Jóvenes rurales y familia

La observación de terreno permitió constatar que la mayoría de las relaciones sociales de la población que convive en cada una de las localidades observadas está influida bastante por las relaciones de parentesco y las relaciones interfamiliares. Tanto a nivel extenso como a nivel nuclear, suele primar una autoridad patriarcal y gerontocrática (ésta última, sobre todo en sectores campesinos, donde el padre-abuelo "cabeza de familia" es el propietario y administrador de la tierra) que domina la organización familiar, tanto en aspectos interpersonales como económico-productivos. La madre es la segunda autoridad familiar y en casos de padre ausente, la prime-

* Grupo de Estudios Rurales, Universidad de Chile. Correo electrónico: luis_pezo@hotmail.com

ra. En este marco, jerárquico y normativo, los hijos e hijas que viven en el hogar están por lo general en una relación de subordinación y obediencia, y desde temprana edad deben asumir roles orientados al mantenimiento del hogar. Las funciones más comunes de los niños son las de recolección, cuidado de ganado, tareas agrícolas livianas, quehaceres domésticos y asistencia a los padres en las diversas actividades que éstos cumplen. Apenas puedan hacerlo, y sobretodo en familias más modestas, los hijos e hijas suelen aportar al hogar algún ingreso en dinero al incorporarse a trabajos remunerados, usualmente esporádicos o de temporada, claro está, si es que pueden acceder a ellos.

La autoridad patriarcal familiar es notoriamente más represiva en el caso de las mujeres jóvenes, a las cuales se les tiende a relegar al ámbito doméstico, controlando bastante sus salidas y reuniones con pares. En esta situación de control social que se extiende más allá de lo familiar los hombres gozan de mayor libertad para hacer lo que quieran, y reciben un grado mayor de tolerancia frente a las mismas faltas. Una consecuencia de ello es que la ocupación de los espacios sociales y las actividades de grupos de pares son predominantemente masculinos, pudiéndose apreciar una menor presencia social de las mujeres. Se ha constatado que esta situación puede generar tensiones, conflictos, y frustración en las mujeres jóvenes², quienes suelen por ello expresar un mayor rechazo a la autoridad de la familia y también a la localidad que los hombres, y consecuentemente una mayor predisposición para abandonar el hogar. En este sentido, la familia es un dispositivo que reproduce y extrapola una dominación patriarcal que muchas veces provoca conflictos y tensiones intergeneracionales a niveles familiares y/o colectivos entre jóvenes de ambos sexos y los adultos-viejos.

En los estudios de Sonia Zapata (2002:2-3) los mismos jóvenes han denunciado deficiencias de comunicación con sus padres, climas agresivos, falta de integración y confianza familiar, entre otros elementos, manifestando empero sus deseos de revertir estas realidades.

Por cierto, no se debe pensar apresuradamente que la familia contiene más elementos negativos que positivos para los y las jóvenes rurales, pues sólo me he remitido a ciertos datos observados. Además, hay que reconocer que las relaciones intrafamiliares han cambiado mucho y lo seguirán haciendo en los contextos rurales. Por ejemplo, la autoridad familiar no es tan rígida como hace 30 o 40 años en donde el hijo "no le hacía juicio" al padre. Hoy se puede apreciar que la educación ha aumentado en padres e hijos, que han cambiado las visiones sobre

la violencia doméstica y los abusos de poder, que los padres interactúan más con sus hijos y les otorgan mayor autonomía para tomar sus propias decisiones. Es común que muchos padres y madres piensen que el mejor futuro para sus hijos e hijas se dará en la medida que estudien y emigren de la localidad rural hacia las ciudades, por lo cual la predisposición acerca de la educación y la emigración, y en definitiva, sobre el porvenir de los hijos ha cambiado.

De acuerdo a lo observado, la mayoría de los jóvenes rurales -inclusive los mayores de 18 años- aún viven con sus padres o parientes aporten o no ingreso en dinero, por lo cual se observa una dependencia familiar relativamente duradera. Incluso los jóvenes que forman parejas y tienen hijos suelen allegarse a las casas de sus padres ya sea dentro de la misma vivienda o en una habitación contigua a ella, en cuyos casos no se puede hablar de autonomía plena de las autoridades patriarcales familiares mayores. Los allegados son una realidad muy visible en las localidades rurales, tienden a extender los hogares y lazos familiares, y suelen estar atentos a las soluciones habitacionales formando comités funcionales a ello, en donde buena parte de los participantes son jóvenes de 25 a 30 años aproximadamente.

Si consideramos que en la actualidad ni la convivencia en parejas (casados o no) ni tener hijos son elementos que repercuten necesariamente en la formación de un hogar propio ni en la independencia respecto los padres, menos aún ocurre esto último en el caso de las jóvenes "madres solteras", quienes suelen quedarse en la casa de los padres cuidando y criando a sus hijos, reduciendo sus posibilidades de estudiar, trabajar, emigrar e incluso de formar un hogar autónomo.

Finalmente, hay que considerar que las situaciones económicas y productivas de la familia también son determinantes en la diferenciación de realidades observables. Por ejemplo, las familias más pudientes pueden asegurar y orientar a sus hijos e hijas hacia la educación superior y hacer menos necesarias las actividades laborales juveniles. Por otra parte, en las familias campesinas puede haber -más que nada en los hombres- deberes distintos a los hijos de asalariados, y un mayor apego al terruño. Lo anterior se asocia a un problema mayor que es el de la *sucesión o relevo generacional* (Durston, 1998:13-15) que garantiza la pervivencia, en una línea patrilineal, de la producción familiar. Sin embargo, se ha constatado que este relevo no ocurre frecuentemente en la juventud, sino "*entre personas de mediana edad y de tercera edad*" (Dirven, 2002:33), lo cual sin duda reproduce (y tal vez sea la principal causa

de) la estructura patriarcal rural. Esto no significa, empero, que los jóvenes no estén afectos a este problema y que no influya en sus expectativas de vida.

Jóvenes rurales y educación formal

Resulta incuestionable la creciente importancia de la educación formal en las valoraciones de los pobladores rurales (en particular de los jóvenes y sus padres). El análisis de la encuesta CASEN demuestra que la cobertura de la educación media en los jóvenes rurales ha aumentado de 50% en 1990 a 84% en el 2003 (MIDEPLAN, 2004). Asimismo, incluso a simple vista es posible notar importantes avances en cuanto a infraestructura y recursos de las escuelas rurales (construcciones relativamente nuevas, habilitación de salas y dependencias, alimentación, recursos audiovisuales, computación e internet, multicanchas y equipos deportivos, pequeñas bibliotecas, etc.). Sin embargo, cualitativamente existen diferencias importantes con las escuelas urbanas, las cuales inciden en la calidad de la educación rural. Por ejemplo, la mayoría de las localidades rurales cuentan con escuelas básicas de carácter multigrado y uni o bidocente, lo cual le imprime a la educación de los niños y jóvenes un estilo de enseñanza - aprendizaje particular, cuyo principal problema radica en que el tiempo que se dedica a cada alumno es reducido, provocando falta de profundización y atrasos en la materia³. Por otra parte, y aunque esto está cambiando, dentro de la familia suele haber poca motivación para crear hábitos de estudio que contribuyan a complementar y ejercitar lo aprendido. Lo anterior, sumado a otros factores, se traduce en un nivel de preparación menor al llegar a la educación media (que por lo general realizan fuera de su localidad de origen) y posteriormente pocas probabilidades de ingreso a la educación superior, en especial a las universidades. Los resultados en las pruebas SIMCE y PAA en algunas de las localidades observadas ratifican un problema de calidad educativa importante y complejo, cuyo tratamiento específico no corresponde abordar aquí. En suma, podemos decir que si bien se han producido avances en cobertura e infraestructura educativa, la calidad de la educación rural aún es un problema que afecta a los y las jóvenes rurales, repercutiendo en sus expectativas y posibilidades de futuro.

En las situaciones observadas se constató que la educación está estrechamente ligada a la migración, ya que, al terminar el sexto o el octavo año, la mayoría de los alumnos debe migrar circular o estacionalmente para

continuar sus estudios⁴. Esto parece ser casi un “camino sin retorno”, porque quienes terminan la enseñanza media rara vez se interesan en volver a la localidad de origen para desempeñar los precarios empleos que allí puedan encontrar, sino que orientan sus miradas al empleo ciudadano o, en último término, a los empleos no agroganaderos. Estas situaciones permiten pensar a la educación operando como un fuerte factor de expulsión hacia las zonas urbanas. Además, se ha denunciado reiteradamente que tanto las prácticas pedagógicas como los diseños y aplicaciones curriculares (tanto a nivel “oficial” como “oculto”) no sólo no toman en cuenta las particularidades de los estudiantes rurales y su contexto, sino que también son por lo general urbanizantes y desvalorizan el medio rural, aspectos que tienen implicancias en los jóvenes.

En la actualidad que la escolaridad de los jóvenes rurales prácticamente duplica la de los padres y triplica la de sus abuelos (MIDEPLAN, 2004), lo cual se constituye en un factor que distingue a las generaciones y afecta las relaciones entre ellas en sentidos positivos para los jóvenes, ya que poseen más argumentos para plantear y defender sus puntos de vista, y también poseen más conocimientos y habilidades para desarrollar actividades de su interés.

Al respecto, si al menos discursivamente se considera a la educación como la “producción de competencias para enfrentar las vicisitudes del mundo de hoy”, es indudable que los jóvenes representan el segmento de la población rural más calificada para ello. De acuerdo a los intereses que propugnan, los organismos de desarrollo plantean esta cualidad como una “gran ventaja” para el futuro de las zonas rurales, pero los planteamientos anteriores hacen caber la pregunta de hasta qué punto eso es cierto, pues, por un lado, la educación rural carece hasta el momento de una focalización formativa eficiente tanto para el desempeño urbano como para el desempeño en los contextos rurales, y, por otro lado, quienes alcanzan mayores niveles educativos emigran del terruño más temprano que tarde. Si bien esta situación trasciende los límites del sistema educativo, no es posible pensar en desarrollo rural sin incorporar de lleno la necesaria discusión y acción en torno a la calidad y orientación de la educación en los contextos rurales, aspecto que, lamentablemente, poco han tomado en cuenta los especialistas en juventud rural y desarrollo.

Finalmente, resulta importante señalar el papel que la educación formal tiene como “instancia social juvenil”, ya que contribuye a formar grupos de pares desde los

niveles básicos hasta la educación media, donde este papel alcanza su máxima expresión al hacer efectiva la oportunidad de relacionarse con jóvenes de otras localidades y de estar lejos de las localidades de origen, aspectos que resultan liberadores sobretodo en el caso de las mujeres jóvenes. Los establecimientos de educación media -estén ubicados en zonas rurales o urbanas- se constituyen en escenarios propicios para la reafirmación de las identidades juveniles al ampliar los límites del intercambio generacional, favoreciendo también la creación de “culturas juveniles”, aspectos que se van incorporando a la vida que desempeñan en sus localidades de origen. Para designar este tipo de situaciones, Yanko González utiliza el concepto de “*experiencias identitarias deslocalizadas*”, que en su mayoría adquieren un carácter “estacional” debido a “*que implican el regreso e impactan a la comunidad de origen construyendo el fermento de un imaginario juvenil*”. (González, 2003:21-22). En todo caso, lo anterior no quiere decir que las identidades juveniles estén determinadas sólo -o en mayor medida- por las experiencias foráneas.

Jóvenes rurales y grupos de pares

En la literatura sobre juventud rural, inclusive en algunos casos recientes, se ha señalado repetidamente a la “juventud rural” como un fenómeno relativamente nuevo y emergente, e incluso algunos se han cuestionado si realmente existen los jóvenes rurales en cuanto tales, en virtud de un abrupto paso de la niñez a la adultez exento de moratoria (véase Durston, 1997:5). Otros han enfatizado el carácter “fragmentario” de la identidad juvenil (Díaz y Durán, 1986), han hablado de “crisis de identidad” (INJUV, 2001:3) o han hablado de una “difícil autoidentificación como jóvenes” (Rodríguez, 1996:37). Ninguna de estas consideraciones se condice con lo observado en terreno y con una revisión bibliográfica más cuidadosa. Si la “juventud rural” es un fenómeno nuevo o emergente lo será sólo para ellos, pues incluso como “tema de investigación” o “población objetivo de desarrollo” el tema ha sido trabajado en Chile al menos desde fines de los 40's (Opazo y Volosky, 1979:27)⁵. Tampoco resulta buena estrategia utilizar el escurridizo concepto de moratoria psicosocial como el indicador universal de la existencia de jóvenes en el campo, ya que bajo este enfoque resulta discutible que la situación de todos los jóvenes rurales sea similar, y que el hecho de asumir y cumplir con responsabilidades arbitrariamente consideradas como adultas (como trabajar o

mantener una familia) implique dejar de ser joven. Finalmente, resulta igualmente cuestionable hablar de identidades juveniles cuando no se han examinado en profundidad los núcleos principales y particulares en donde éstas se constituyen: me refiero a los grupos de pares. Considero que quienes se interesen por las “identidades juveniles rurales” o por “culturas juveniles rurales” desde una perspectiva sociocultural deben poner atención a las relaciones entre los jóvenes y principalmente a los grupos de pares, pues en ellos los jóvenes desarrollan con más plenitud una identidad como tales, una serie de normas, valores, significaciones, códigos lingüísticos, etc., una pertenencia hacia un segmento etéreo o generacional, una diferenciación respecto de otros grupos de edad y también respecto de otros grupos de jóvenes, y finalmente, una manera de vivir la juventud en contextos específicos y particulares. Por estas razones, se puede considerar a los grupos de pares como el “epicentro de lo juvenil” (expresión utilizada por Martínez, 1994: 312) y también como, junto con la familia, los agentes socializadores que más influyen en el sentido de pertenencia de los jóvenes a un grupo.

En este trabajo, utilizamos el concepto de “grupo de pares” para comprender a un conjunto de jóvenes que se relacionan entre sí en torno a afinidades e intereses comunes en un contexto particular determinado y durante un tiempo determinado. Ante esto hay que considerar dos cosas: 1) tanto la observación en terreno como la experiencia personal y el sentido común indican que no todas las relaciones entre jóvenes están restringidas a grupos o subgrupos, aunque la mayoría de las que son relativamente estables sí lo están, y 2) los grupos de pares observables no tienen necesariamente límites rígidos ni pertenencias exclusivas en cuanto a los miembro que lo componen. Esto significa que la aplicación del concepto debe ser flexible al establecer distinciones.

En todos los lugares observados se constató que los jóvenes tienden a agruparse con otros en torno a afinidades e intereses comunes más que en torno a criterios como el sexo o la edad. No obstante, tanto el sexo como la edad funcionan a menudo como límites espontáneos de estos grupos. Los grupos de pares pueden manifestarse principalmente a través de tres formas no excluyentes entre sí:

- a) Los **grupos informales de amistad**, que se juntan espontáneamente para compartir el tiempo cotidiano principalmente en torno a actividades de esparcimiento, comunicación y compañía.

- b) Las **organizaciones juveniles**, que reúnen a jóvenes en una participación comprometida en torno a intereses, propósitos y metas definidas, observándose un grado variable de normatividad institucional. Estas organizaciones pueden dividirse, en cuanto a su nivel de dependencia, en *autónomas* (los llamados “grupos juveniles”, conjuntos musicales, sociedades en torno a algún negocio, equipos de fútbol u otro deporte, etc.) y *semi - autónomas* (grupos juveniles de iglesia, grupos creados y dirigidos por alguna autoridad para ejecutar algún proyecto, comisiones juveniles dentro de organizaciones de representación, etc.).
- c) Las **participaciones juveniles en organizaciones o instituciones no exclusivamente juveniles**, como los jóvenes estudiantes en un liceo, los jóvenes temporeros dentro de una empresa agrícola, los jóvenes de un club deportivo, de un comité de allegados, de talleres de diverso tipo (artesanales, gimnasia aeróbica), de una junta vecinal, etc.

Estas formas de manifestación representan también contextos en los cuales es posible observar la configuración de redes de relaciones y grupos de pares juveniles que dan cuenta de una presencia social incuestionable y que difícilmente se podrían calificar en su mayoría de “fenómenos nuevos”. Por supuesto, la existencia de estas expresiones es variable según cada situación particular. La gran mayoría de los ejemplos mencionados fueron observados en los trabajos de terreno realizados, aunque se concentraron las miradas en las dos primeras formas.

En cuanto a la visibilidad social de los grupos informales de amistad, entendiendo por ello la ocupación activa de lugares públicos y/o espacios comunitarios, se constató una predominancia masculina. Ello se refleja en las principales instancias de diversión y esparcimiento que desarrollan los jóvenes, que, al menos en los contextos estudiados, son las siguientes:

- El bar o cantina, presente en todas las localidades rurales observadas, en donde se da una abundante cantidad de interacciones sociales, casi exclusivamente masculinas. No suele haber niños ni mujeres, y los jóvenes que concurren por lo general deben tener cierta independencia económica para consumir en los locales.
- Las reuniones informales tanto diurnas como nocturnas en diversos lugares públicos de la localidad, estas últimas frecuentemente acompañadas

de bebidas alcohólicas, lo que suele ser la “alternativa” a la cantina, en donde están lejos del contacto y el control de los adultos y generan un grupo predominantemente joven. Actividades principalmente masculinas.

- Los partidos de fútbol, “pichangas”, tenis de mesa, pool, voleibol y otros juegos o actividades deportivas. Actividades predominantemente masculinas.
- Los paseos hacia distintos parajes del entorno.
- Las actividades de caza y pesca. Actividades predominantemente masculinas.
- Las fiestas, bailes, peñas, ramadas o ceremonias y actividades de esparcimiento particulares o comunitarias.

En este caso también es preciso señalar que la existencia de estas instancias depende de los contextos y situaciones locales particulares. En algunas localidades rurales o periurbanas, donde hay más población juvenil y mayor grado de urbanización, existen discotecas a las cuales concurren jóvenes de ambos sexos, desarrollando actividades de interacción y consumo con mucho más relajo que en los lugares donde estas instancias no existen. La actividad de esparcimiento preferida de la mayoría de las mujeres jóvenes entrevistadas es bailar, pero en las localidades rurales hay pocas instancias para hacerlo. Además en las comunidades más pequeñas aún no se supera el prejuicio de que las mujeres jóvenes que se juntan regularmente con hombres sean “chiquillas sueltas”. Por su parte, los hombres jóvenes van adquiriendo “malas famas” (consumo de alcohol o marihuana, peleas o correrías amorosas, travesuras o destrozos, etc.) por lo cual tampoco suelen ser los galanes preferidos por mamá y papá. En las tres localidades observadas había poca comunicación entre hombres y mujeres jóvenes, y pocas instancias favorables para actividades de cortejo en gran medida porque estas estigmatizaciones pesan bastante sobre los jóvenes y porque “todos saben lo que todos hacen”. Obviamente, la preferencia se orienta a los cortejos fuera de los ojos y las lenguas locales, es decir, lo que podríamos llamar relaciones de “exocortejo” o “exocortejales”. En Santa Mónica, la creación del grupo juvenil “Sin Fronteras” contribuyó notablemente no sólo a acercar a los hombres y mujeres jóvenes, sino también a cambiar las percepciones de la comunidad frente a estas relaciones, hasta cierto límite.

Este tipo de situaciones revelan tensiones entre “culturas generacionales” distintas que, por tratarse de localidades pequeñas y relativamente aisladas, se aprecian

de manera más marcada que en las zonas urbanas. Varias veces estas tensiones se expresan en abiertos conflictos intergeneracionales, principalmente derivados de acciones o sucesos juveniles que transgreden el orden patriarcal y se rechazan desde la comunidad adulta, o bien de las estigmatizaciones hacia los jóvenes de las cuales es muy difícil escapar. Lo usual es que estos conflictos se mantengan y no se resuelvan a través del acercamiento de posiciones y una comunicación fluida, lo que provoca situaciones incómodas para los sujetos y refleja un obstáculo al momento de pensar en “integraciones” o “articulaciones” a nivel comunitario en donde participen los jóvenes. Sin embargo, se ha constatado que a medida que los jóvenes rurales conquistan espacios, principalmente mediante acciones que son consideradas “positivas”, se reducen los controles u opresiones que los mayores desatan sobre ellos y se producen mejores condiciones de comunicación e integración.

La participación de los jóvenes en organizaciones, especialmente las organizaciones juveniles, contribuye bastante a mejorar los mecanismos de comunicación, integración y “defensa” respecto al resto de la comunidad. Las organizaciones juveniles autónomas por lo general reciben poco apoyo comunitario y su permanencia y progreso dependen casi exclusivamente de las voluntades y compromisos de los jóvenes frente a situaciones adversas o deficientes. Los programadores del desarrollo valoran a las redes y grupos de pares en torno a sus capacidades asociativas o de acuerdo a conceptos como “capital social” (Ej: Duhart, 2004) y han tratado de buscar maneras de utilizar estas potencialidades juveniles. Ante esto es preciso señalar que al menos en los casos observados se verificó que estas voluntades y compromisos son más fuertes cuando están influidos por motivaciones e intereses autónomos que por “oportunidades impuestas” desde fuera.

En suma, se puede reconocer que los jóvenes tienen una presencia y visibilidad social en los contextos rurales, pero las oportunidades y espacios se distribuyen desigualmente entre hombres y mujeres, y son escasos en general. Desde las políticas sociales hay pocas intenciones de favorecer actividades más integradoras no sólo para los y las jóvenes, sino también para la comunidad en general.

Consideraciones finales

Es muy posible que no sea exagerado señalar que la familia, la educación formal y los grupos de pares, en tanto agentes socializadores, constituyen los elementos

más importantes del entorno social inmediato de los y las jóvenes rurales, condicionando notablemente sus características socioculturales, comportamientos, valores, expectativas y modos de vida particulares. Por supuesto, se pueden distinguir muchos otros elementos que participan de ello según sean los casos y contextos particulares, siendo la etnografía una buena forma de identificarlos en su composición holística, pese al poco uso y provecho que se le da en la actualidad en nuestro país.

Es preciso reconocer que en esta revisión sintética han primado selectivamente aquellos elementos que han resultado comunes a las realidades observadas, aunque se ha tenido cuidado de hacer notar ciertas diferencias, y se han evitado las generalizaciones de largo alcance. Sin embargo, ello no impide que el material presentado sirva para generar hipótesis de trabajo que permitan comprender escenarios más amplios o complejos.

Si bien, según lo señalado en este documento, se pueden detectar factores que reflejan la adecuación de los y las jóvenes rurales a sus entornos particulares, y en otros casos una suerte de ruptura con ellos, resaltan aquellos factores que obstaculizan sus oportunidades de realizarse como personas en distintos ámbitos (social, educativo, laboral, etc.), ante lo cual se requiere un urgente tratamiento. Lamentablemente, hasta ahora, las pocas respuestas que los jóvenes obtienen al respecto consisten generalmente en “oportunidades impuestas” desde instituciones externas que manejan un conocimiento superficial de la realidad que deben enfrentar y que no representan necesariamente sus intereses propios y auténticos. Gran parte de las perspectivas distinguibles en la disgregada bibliografía sobre juventud rural son externas y/o ajenas a los jóvenes, reflejando más bien los intereses de las instituciones que patrocinan o realizan tales estudios. Al respecto, suelen primar fines desarrollistas, modernizantes, orientados hacia la “integración social de los excluidos”, intervencionistas, y generalmente provenientes desde las esferas urbanas centralizadas y, en último término, desde el mundo adulto⁶. Lo anterior es más preocupante si se considera que desde estas mismas esferas de poder se suelen construir las “demandas de la juventud rural” y las recetas para afrontarlas. Resulta contradictorio -aunque ya no sorprende- el hecho de que los organismos preocupados de la juventud rural manifiesten también elementos de exclusión y marginación hacia el sector que pretenden atender.

Ante esto, surge el desafío de crear nuevas perspectivas y formas de trabajo que superen estas falencias.

Considero que una de ellas, al menos desde las ciencias sociales, debe consistir en incorporar enfoques centrados en y desde los sujetos sociales que actúan en los contextos rurales desde miradas más particulares y complejas. De esta forma, investigaciones socio-culturales empíricas que sean continuas, sistemáticas y reflexivas pueden ayudar significativamente a actualizar el conocimiento sobre las realidades rurales y a sentar las políticas o acciones de desarrollo sobre bases más reales y representativas de lo que sucede o puede suceder en el ya complejo mundo rural. Las juventudes rurales están insertas en esta complejidad y una tarea pendiente de las ciencias sociales es lograr abordarla comprensivamente desde miradas tanto particulares como generales, que trasciendan (no ignoren) los añejos esquemas teóricos, las parcelaciones etáreas, genéricas, productivas, etc., e incluso -si el examen empírico lo amerita- la distinción entre lo rural y lo urbano.

En niveles más específicos, centrándonos en el estudio de las juventudes rurales, desde la base planteada se podrían profundizar aspectos problemáticos tales como las relaciones intergeneracionales, estructura y formas del patriarcado en zonas rurales campesinas, la sucesión o relevo generacional, los jóvenes allegados y su demanda habitacional, las jóvenes madres solteras, las presiones sociales y estigmatizaciones hacia l@s jóvenes, el gran problema de la educación rural en cuanto a calidad y orientación, la falta de espacios sociales, la falta de oportunidades, el fenómeno de la migración de jóvenes rurales y su impacto social, los grupos de pares juveniles y su participación social, las identidades y culturas juveniles rurales, el impacto de las acciones de desarrollo desde distintas instancias, entre otros temas que esta ponencia se ha limitado a plantear brevemente, con la esperanza de estimular nuevas ideas, investigaciones y proyectos.

Agradecimientos

Quisiera expresar mis más sinceros agradecimientos al Grupo de Estudios Rurales de la Universidad de Chile, por brindarme la oportunidad de trabajar con libertad en los temas en los cuales me interesa desarrollarme profesionalmente, y por el apoyo que se me brindó para elaborar esta ponencia, así como para profundizar en el tema de las juventudes rurales. También agradezco a los informantes de los lugares en donde realicé mis proyecciones etnográficas, esperando que este pequeño

esfuerzo contribuya finalmente al logro de mejores condiciones de vida de las poblaciones rurales.

Notas

¹ Observaciones etnográficas sistemáticas respecto al tema fueron realizadas en las siguientes localidades rurales de nuestro país durante los últimos 6 años: Los Maitenes, comuna de Puchuncaví; Santa Mónica, comuna de Padre Hurtado y Las Breas, comuna de Río Hurtado. Cabe destacar que observaciones no sistemáticas se han realizado en otras localidades rurales en este mismo período.

² Esta situación ha sido documentada en el contexto chileno y latinoamericano (Durston, 1996; Krauskopf, 1996; Zapata, 2002).

³ No se pretende aquí señalar un juicio totalmente negativo sobre la educación en escuelas multigrado, pero sí llamar la atención sobre la necesaria revisión y evaluación de esta y otras características de la educación rural que provocan una merma en el desempeño escolar de l@s niñ@s y jóvenes.

⁴ *Migración circular*: desplazamiento no diario, pero periódico y regular de la localidad de origen a otra; *migración estacional*: se refiere al desplazamiento regular de la localidad de origen a otra en ciertas temporadas específicas y relativamente fijas en el año.

⁵ En 1948, desde el gobierno se crearon los Clubes Agrícolas Juveniles 4-C.

⁶ Similar planteamiento expresa Yanko González al señalar que aún no existe una "tradicón investigativa sistemática que supere la mirada estructural y macrosocial así como la instrumentalización desarrollista, puesto que la mayoría de las entradas al fenómeno han sido tensionadas por la intervención modernizante" (González, 2003:6).

Bibliografía

- DÍAZ, C. y E. DURÁN, 1986. *Los jóvenes del campo chileno: una identidad fragmentada*. Documento de trabajo N° 29. GIA - Academia de Humanismo Cristiano. Santiago.
- DIRVEN, M., 2002. *Las prácticas de herencia de tierras agrícolas: ¿una razón más para el éxodo de la juventud?*. Serie Desarrollo Productivo N° 135. CEPAL. Santiago.
- DUHART, D., 2004. Juventud rural en Chile: ¿problema o solución?. *Ultima Década* 20: 121-146. CIDPA. Viña del Mar.
- DURSTON, J., 1996. Estrategias de vida de los jóvenes rurales en América Latina. En *Juventud Rural: Modernidad y democracia en América Latina*. CEPAL. Santiago.
- DURSTON, J., 1997. *Juventud rural en Brasil y México. Reduciendo la invisibilidad*. Ponencia presentada al XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, São Paulo (s.d).

DURSTON, J., 1998. *Juventud y desarrollo rural: marco conceptual y contextual*. Serie Políticas Sociales N° 28. CEPAL. Santiago.

GONZÁLEZ, Y., 2003. Juventud rural: trayectorias teóricas y dilemas identitarios. En *Nueva Antropología*, Vol. XIX, N°63: 153-175. México.

KRAUSKOPF, D., 1996. Cultura campesina y proyectos de vida en la adolescencia rural costarricense. En *Juventud Rural: Modernidad y democracia en América Latina*. CEPAL. Santiago.

INE, 2003. *Censo 2002. Resultados. Volumen I*. Instituto Nacional de Estadísticas. Santiago.

INJUV, 2001. *Plan de acción del Instituto Nacional de la Juventud hacia los jóvenes rurales. Año 2001*. INJUV. Santiago.

MARTÍNEZ, J. L., 1994. Construcción de la identidad juvenil y actualización de la juventud. En *Primer informe nacio-*

nal de juventud. Instituto Nacional de la Juventud. Santiago.

MIDEPLAN, 2004. *CASEN 2003: principales resultados en educación*. MIDEPLAN. Santiago.

<<http://www.mideplan.cl/sitio/Sitio/portada/Casen%20Educaci%F3n%20Nacional.doc>>. (s.l.)

OPAZO, E. y V. VOLOSKY, 1979. *Diagnóstico socio-económico de una comunidad típicamente rural como base para la elaboración de un programa de desarrollo con su juventud*. Tesis Agronomía. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago.

RODRÍGUEZ, E., 1996. Los desafíos de fin de siglo y la problemática juvenil rural en América Latina. En *Juventud rural: modernidad y democracia en América Latina*. CEPAL. Santiago.

ZAPATA, S., 2002. *La mirada de los y las jóvenes rurales*. IICA. Santiago.

El Rol del Profesor en la Educación Rural

Carlos Thomas Winter, Roberto Hernández Aracena*

La experiencia acumulada desde hace más de una década sobre investigación y extensión universitaria relativa a la Educación Rural en el mundo campesino de la V Región (comuna de San Esteban) y del mundo atacameño de la II Región (provincia del Loa), nos permite analizar y reflexionar sobre estos procesos educativos a partir de dos realidades rurales de Chile, y plantear algunas ideas centrales sobre cómo debe ser el rol del docente rural, como primer actor de una educación pertinente y capaz de responder a los requerimientos impuestos por los cambios dramáticos ocurridos en el mundo rural de Chile en las últimas décadas del siglo XX y la primera del presente siglo. Los estudios realizados sobre este fenómeno han determinado que la Educación Rural, a pesar de la Reforma Educativa, se ha quedado atrás frente a las nuevas realidades rurales globalizadas, y ante las demandas de diversa naturaleza que plantean las poblaciones rurales.

1. El mundo rural chileno y la globalización

Un análisis y reflexión sobre el rol del profesor en la Educación Rural chilena en un contexto actual precisa primeramente de hacer referencias a los efectos de la

globalización y la modernidad sobre las diversas realidades rurales, y el rol que ha cumplido la Educación Rural ante estos cambios. En este aspecto es importante considerar a la globalización, no sólo como un proyecto impositivo en los ámbitos económicos, sino también concebirlo como un fenómeno de penetración de un modelo de desarrollo hegemónico que pretende imponer una cultura global. Todo proyecto de desarrollo lleva aparejado un proyecto cultural, lo que el antropólogo japonés Yasushi Kikushi (2000) señala que "cultura y desarrollo son las dos caras de una misma moneda". Esta consideración tiene efectos importantes para los procesos educativos que se dan en los diversos ámbitos rurales en la actualidad. Un hecho significativo que ha sido abordado por las ciencias antropológicas en América Latina y en Chile en particular, se refiere al impacto de los fenómenos globalizadores sobre las culturas locales y las identidades de las poblaciones rurales. Las consecuencias de estos fenómenos se expresan en movimientos reivindicativos de sus culturas y patrimonios locales a nivel de los campesinos criollos, y de movimientos de reetnificación de los campesinos indígenas en la región latinoamericana. La experiencia de los países de la región demuestra que la irrupción de la modernización en la agricultura, y su reorientación

* Departamento de Antropología. Universidad de Chile. rhernan@ctcinternet.cl